

JONNY ZUCKER

TONY ROSS

# MONSTRUOS DE INTERCAMBIO

Sara  
y  
Max



Título original: *Monster Swap. Zainab and Mash*

1.<sup>a</sup> edición: marzo 2013

© Del texto: Jonny Zucker, 2011  
© De las ilustraciones: Tony Ross, 2011  
Publicado por primera vez en Gran Bretaña  
por Hodder Children's Books  
© De la traducción: Blanca Jiménez Iglesias, 2013  
© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2013  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
www.anayainfantilyjuvenil.com  
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-678-4075-9  
Depósito legal: M-7413-2013  
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas  
por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua  
española*, publicada en el año 2010

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley,  
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes  
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren,  
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,  
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada  
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio,  
sin la preceptiva autorización.*

JONNY ZUCKER

TONY ROSS

# MONSTRUOS DE INTERCAMBIO

**Sara  
y  
Max**

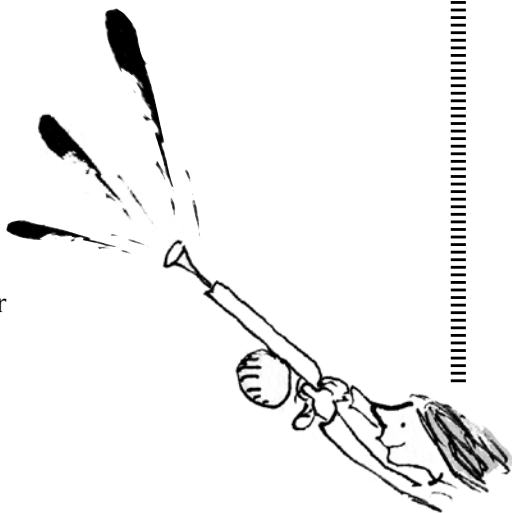
Traducción de Blanca Jiménez Iglesias

**ANAYA**

# CONTENIDO



Sara y el ladrón  
olímpico 9



Max y el siniestro profesor  
suplente 97



**D**espués de miles de años ocultos de los humanos, los monstruos de la Tierra se han mostrado por fin. Han emergido de los pantanos más lóbregos y de los bosques más frondosos.

Al principio los humanos temían a los monstruos. Ver por la ventana de la cocina cómo un ser bicéfalo de color morado se sorbe los mocos conseguiría, sin duda, que cualquiera levantara la vista de sus cereales.

Al principio los monstruos también tenían miedo de los humanos. Ver cómo un niño pequeño colorado como un tomate reclama a gritos un helado lograría, claro está, que cualquier monstruo levantara la vista de su repollo agrio y sus hamburguesas de tierra.

Así que los monstruos formaron el Consejo de Monstruos para la Comprensión de los Humanos y estos fundaron la Agencia de Humanos para la Comprensión de los Monstruos. Ambas instituciones estaban de acuerdo en que para dejar de temerse

mutuamente debían descubrir todo lo que pudieran acerca de sus respectivas formas de vida.

Así que organizaron una serie de visitas cruzadas. Dichos «intercambios» consistían en que un niño humano visitaría a un niño monstruo en el mundo de los monstruos y este mismo se alojaría con el niño humano en nuestro mundo. Nadie tenía idea de qué iba a pasar...

**BIENVENIDOS  
AL MUNDO DE:**



SARA  
Y EL  
LADRÓN  
OLÍMPICO





## **Querida entrenadora Bulge**

**(Diplomada en lucha de barrigas y maestra del babeo):**

*Le escribo para agradecerle que acoja a Sara Kaur, la compañera de intercambio de Max.*

*He oído que la visita de Sara coincide con la asistencia de Max a las Pruebas Olímpicas para Jóvenes Flambys. Según tengo entendido, las pruebas seleccionan a aquellos que representarán al clan flamby en los Juegos Olímpicos de los Monstruos del Norte. Es todo un detalle que permita usted la participación de Sara. Aunque se trata de una atleta excelente en el mundo de los humanos, sus habilidades podrían no estar a la altura de las de los niños flambys. Si es el caso, me gustaría que se abstuviera de reírse de ella y de golpearla repetidas veces con una vara afilada.*

*Debo advertirle también que el comportamiento humano difiere sobremanera del nuestro. Los humanos se rigen por algo llamado «modales», es decir, son amables*



*unos con otros. Le agradecería mucho que enseñara a Sara a NO decir «por favor» ni «gracias» durante su estancia. ¡Y espero que sus habilidades para dar empujones y empellones hayan mejorado cuando regrese al mundo de los humanos!*

*Le deseo que la visita de Sara sea todo un éxito.*

*Saludos cordiales,*

*Lady Bug Gazap*



**Consejo de Monstruos  
para la Comprensión de los Humanos**



# I

Sara Kaur tembló con la brisa de la tarde y miró a su alrededor en la tenue luz. Un chófer de la Agencia de Humanos para la Comprensión de los Monstruos acababa de dejarla en un sendero largo y sinuoso cubierto de descuidadas plantas marrones. El camino estaba flanqueado por pequeños arbustos plateados con forma de tenedor que parecían cuchichear y soltar risitas nerviosas en agudos susurros. Sara tenía la sensación de que se reían de *ella*. A lo lejos se vislumbraban estrechos volcanes amarillos que escupían grandes nubes de humo marrón; las nubes se alzaban y estallaban ruidosamente. El paisaje estaba salpicado por una serie de minicharcas de agua espumosa.

—Alguno de los participantes en las pruebas olímpicas flambys vendrá a recogerte —le había dicho el chófer.

Pero allí no había nadie.

Sara estaba decidiendo qué hacer cuando de repente oyó crujir los arbustos a su espalda.

Se volvió.

Dos puntos de luz roja que brillaban amenazantes en la penumbra empezaron a avanzar hacia ella. Tragó saliva aterrorizada y retrocedió un par de pasos apresuradamente.

Las luces se acercaron.

—¿SARA? —dijo una voz.

—S... s... sí —contestó.

—¡SOY YO..., Max!

De entre los arbustos salió un monstruo flamby. Los destellos rojos procedían del centro de sus globos oculares; al colocarse frente a Sara un halo de luz carmesí rodeó a la niña.

—¡Max! —exclamó Sara sintiendo una oleada de alivio—. ¡Me alegro de conocerte!

Por mucho que se había preparado para este momento, Sara era incapaz de no mirar boquiabierta a la criatura. Medía casi dos metros de alto y tenía la piel púrpura y rugosa. De las tres orejas en forma de diamante situadas a cada lado de la cabeza asomaba una mata de pelo, también púrpura. La trompa, corta, contaba con seis orificios. Las manos, diminutas y con tres dedos pequeños, poco tenían que ver con

los robustos brazos, y las piernas, onduladas, terminaban en unos pies con siete dedos como salchichas.

—¡Yo también me alegro! —rió Max, y la abofeteó.

—¡EH! —gritó Sara. La mejilla le ardía de dolor—. ¿Por qué has hecho eso?

—Es el tradicional saludo flamby —explicó el monstruo—. Tienes que hacer lo mismo.

Sara se quedó de piedra un instante y después le devolvió la bofetada.

—¡Genial! —sonrió Max—. Ahora que ya nos hemos saludado, vamos.

Giraron a la derecha y continuaron por el sendero. Varios arbustos-tenedores los siguieron a distancia, susurrándose y desternillándose.

—¿Y de qué van esas pruebas olímpicas? —preguntó Sara, que tenía que trotar para mantenerse al ritmo de las zancadas de Max.

—Todos los niños flambys compiten en las eliminatorias —dijo Max—. Los ocho ganadores recibimos una invitación para participar en las pruebas de verdad que se celebran aquí. ¡Y aquel que gana una competición recibe una medalla de oro y entra en el equipo flamby para los Juegos Olímpicos de los Monstruos del Norte!



—¡Qué guay! —se maravilló Sara—. ¿Qué clase de pruebas se celebran?

—¡No tengo ni idea! —exclamó Max—. ¡Cambian cada año para que nadie pueda practicar! Tú participas también, ¿verdad?

Sara asintió. La habían elegido para ese intercambio tan peculiar porque era una atleta, gimnasta, futbolista y monopatadora excelente.

«Competir contra estos gigantescos flambys va a ser todo un reto», pensó.

Tras doblar varios recodos abandonaron el sendero y enfilaron hacia uno de los volcanes amarillos. En la cima se balanceaba precariamente una gran estructura hecha de brotes de bambú y trozos de cuerdas. El bambú despuntaba en todas direcciones otorgando al edificio un extraño aspecto esquelético. Daba la impresión de que una simple brisa bastaría para llevárselo volando.

—¡El Centro Olímpico Flamby de Excelencia en la cima del volcán Copete! —declaró Max orgulloso señalando la estructura.

—¿Qué? ¿Nos alojamos *aquí*? —Sara tragó saliva.

—No te preocupes —sonrió Max—. ¡Nunca se ha caído... al menos hasta ahora!

—Pero ¿qué pasa si el volcán entra en erupción? —preguntó Sara.

—Nunca ha ocurrido —contestó Max—. ¡Al menos hasta ahora!

En una de las paredes del volcán habían construido unas empinadísimas escaleras. Subieron por ellas hasta lo más alto, donde se toparon con una puerta de bambú que conducía al interior del edificio. Max le pegó un puntapié y la puerta se abrió chirriando.

Al entrar se encontraron ante un largo pasillo. El suelo estaba cubierto por un material elástico estampado a cuadros. Puertas se alineaban a ambos lados y Sara vislumbró un cartel al final que rezaba: **CANTINA, POR AQUÍ.** A su derecha se alzaba un tramo de torcidos escalones de bambú.

—Yo llegué hace una hora más o menos —dijo Max, y botó sobre el suelo elástico—. Los demás participantes estaban dormidos, ¡pero he logrado reservarnos una habitación con camas superrápidas!

«¿Camas rápidas? —pensó Sara—. ¿Qué significa eso?».

Max saltó hacia las escaleras y empezó a subirlas a brincos. Sara lo siguió y contempló asombrada las fotos de antiguos héroes olímpicos flambys colgadas en el hueco de la escalera. Le impresionó sobre todo una flamby llamada Doozy Flinka que había ganado la caza del cerdopín seis años consecutivos. Le ha-



bían peinado el único pelo que le crecía en la cabeza de tal manera que parecía un arco.

Sara corrió para alcanzar a Max. Al final de las escaleras giraron a la izquierda y pasaron por delante de varias puertas cerradas a la derecha. Sara se percató de que en todas ellas habían fijado una cajita púrpura —supuso que se trataba del timbre— y un número. Max y ella se detuvieron por fin ante la habitación 83.

La puerta estaba abierta.

—¡Aquí es! —anunció Max.

Se trataba de un sencillo espacio cúbico; las paredes y el suelo eran de bambú. En el suelo había tres maderos ovalados, cada uno sobre una base circular metálica.

«¡Esas camas parecen incomodísimas!».

Había, además, un hueco para una ventana, pero sin cristal. Aparte de las camas y una mesita de bambú, el único mueble visible era un estante encima de la puerta. Las pertenencias de Max estaban apiladas en el suelo, junto a la cama que quedaba más cerca de la «ventana», así que Sara depositó la mochila a un lado del lecho contiguo.

—¡Tengo un tentempié delicioso para nosotros!  
—Sonrió y sacó una gigantesca tableta de chocolate de la mochila.

—¿Qué es eso? —preguntó Max.

—¡Es lo más dulce y lo más delicioso que has probado NUNCA! —contestó Sara en tono soñador—. ¿Estás de acuerdo en que lo reservemos para darnos un festín a medianoche?

—¡Por supuesto! —bostezó Max—. Medianoche es el momento perfecto para papear. Pero tendremos que esperar a mañana, porque estoy agotado y para medianoche falta una eternidad. Si dormimos bien, competiremos bien. Conviene que escondas el ten-



tempié. Como lo vea la entrenadora Bulge, ¡enloquecerá!

—¿Entrenadora *Bulge*? ¡Qué miedo!

Max se arrodilló, le echó un vistazo a la pared y mostró una sección oculta de su trompa: unos alicates. Los utilizó para retirar un panel de bambú detrás del que se escondía un agujero.

—¡Perfecto! —exclamó Sara con una mueca, y metió el chocolate.

Max volvió a colocar el panel y se lanzó sobre la cama oval situada junto a la ventana. En cuanto su cuerpo la rozó, la estructura empezó a dar vueltas sobre la base circular de metal; primero despacio y luego cada vez más deprisa.

Sara frunció el ceño.

Puso cautelosamente un pie sobre la cama contigua a la de Max. En cuanto sus dedos la rozaron, la estructura empezó a girar.

Al quitar el pie, la cama se detuvo.

—Eh... Max —susurró.

Max giraba a una velocidad vertiginosa. Sin duda, el zumbido de su cama no le permitía oírla.

—¡Max! —gritó a pleno pulmón.

Max se incorporó y saltó de su cama, que dejó de dar vueltas de inmediato.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—No puedo dormir en una cama giratoria —dijo Sara.

—¿En serio? —se sorprendió el flamby—. ¿Duermes sin moverte?

Sara asintió.

—De acuerdo —dijo Max, y toqueteó un interruptor en la base de la cama. Sara apoyó el pie, nada se movió.

—¡Gracias, Max!

—Un placer —sonrió el monstruo y saltó de nuevo sobre su lecho. Al instante giraba a toda velocidad.

Sara extendió el saco de dormir sobre la cama y se acurrucó dentro. A pesar del aire que entraba por la ventana y de la dura superficie de madera, la cama era bastante cómoda, y aunque la estructura de Max zumbaba con fuerza no tardó en caer en un sueño profundo y muy, muy *no giratorio*.